

JOAQUÍN ÁLVAREZ BARRIENTOS, *El crimen de la escritura. Una historia de las falsificaciones literarias españolas*, Madrid, Abada Editores, 2014, 453 págs.

Hay libros que tienen que ser más gustosos de escribir que otros. Creemos que este es uno de esos casos en los que el objeto de estudio tiene un poderoso atractivo que da a su autor una satisfacción añadida. Y satisfacción mayor ha de sentir ya editado porque se trata de uno de esos cuatro o cinco ensayos fundamentales y sobresalientes por sus muchas aportaciones entre los que se publican en un tramo considerable de años y, sin duda, uno de los mejores entre los publicados en 2014. El tiempo también juega a favor de los valores de esta obra, concebida y desarrollada durante un período largo de la trayectoria de este investigador del Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC. Al año 2007 se remonta el inicio del proyecto de investigación dirigido por Joaquín Álvarez Barrientos bajo el título de *El otro Parnaso: falsificaciones literarias españolas*, que ya ponía el acento en uno los propósitos del libro: reivindicar la incorporación de la escritura apócrifa, que se ha mantenido al margen de “la ortodoxia cultural”, a la historia de la literatura, “con los mismos derechos que la literatura tenida por original y auténtica” (p. 11). De ese proyecto surgió el volumen colectivo *Imposturas literarias españolas* (Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2011), coordinado por el mismo Álvarez Barrientos —que se olvida de incluirlo en *El crimen de la escritura* entre su propia bibliografía, aunque luego está reiteradamente citado por los trabajos parciales de otros colaboradores. Esa bibliografía demuestra que su autor ha venido trabajando en todos estos años en muy diversos casos de falsificación literaria que han ido sirviendo para armar el libro que nos ocupa. Y que no agota su objeto, como bien nos confirma Álvarez Barrientos en su reciente artículo en el número de verano de 2015 de *Revista de Occidente*, “Retablo de imposturas” (pp. 35-55).

“No hay nada tan escondido que no deba ser descubierto, ni nada tan secreto que no llegue a conocerse y salir a la luz” (Lucas, 8, 17) es el lema que se ha elegido para encabezar la introducción de *El crimen de la escritura. Una historia de las falsificaciones literarias españolas*, como una divisa del rigor y de la tenacidad de una investigación dedicada a la caracterización de lo falsario y a la elaboración de una historia fragmentaria pero muy nutrida de la

continuidad en el tiempo de la impostura. Puede decirse que Álvarez Barrientos lo logra con creces en esta obra, en donde no disimula una predisposición positiva hacia su tema de estudio, una simpatía por los falsarios, expertos en el engaño y constructores de un sistema que puede llegar a ser una manera de manifestar que uno no está de acuerdo con la realidad en la que vive. Además, la literatura apócrifa produce el mismo efecto que la auténtica que construye un mundo imaginario; pero lo supera, pues compone todo un entorno de credibilidad para que el producto sirva, para que consiga su efecto. Y lo falso es un buen “termómetro”, dice Álvarez Barrientos, de lo que preocupa a una sociedad, ya que se fija en lo que en un determinado momento más interesa, “todo aquello que interesa se falsifica” (p. 21). La propia definición que da Álvarez Barrientos de la falsificación como una forma estética de carácter alternativo, disidente, que busca su integración en un canon expresa esa predisposición amable; igual que su consideración como una forma con los mismos elementos que la *creación auténtica* pero que surge de un *lugar* distinto (p. 16). Es lo que también se deduce de los interrogantes y afirmaciones con los que el autor cierra su ensayo: “Si lograr un falso, construir un heterónimo, es, como se ha dicho, *casi* el límite al que puede enfrentarse un escritor en la práctica literaria; si es así, entonces, ¿dónde está ese límite? ¿Qué depara la escritura apócrifa en el futuro? Si se recurre a la falsificación como espacio vital por no ser admitido en el mundo académico, o tras ser expulsado de él; si lo falso vuelve del revés lo auténtico, o es lo auténtico del revés, y muestra su vulnerabilidad, ¿sólo le espera a la literatura su catástrofe, su derrumbe como institución para ser reconstruida de una forma que integre ambas literaturas? El mundo seguirá ofreciendo fábulas que contar y las falsificaciones seguirán ahí mientras sean el resultado del descontento de algunos con el mundo alrededor, con la literatura que se escribe y la vida que se vive, mientras sean una alternativa.” (pp. 387-388). Puede decirse que, a pesar del título de su libro, Joaquín Álvarez Barrientos procede siempre con un propósito *descriminalizador* de la falsificación literaria.

El cuerpo principal de la obra es una “Diacronía de una continuidad. Fragmentos para una historia de la literatura apócrifa” (pp. 121-378). Ocupa más de la mitad del libro y parece convertir este monumental estudio en un primer avance de una deseada futura historia de esa *otra* literatura. Es más, puede decirse que *El crimen de la escritura*, como se indica en su subtítulo, es ya la primera historia

de las falsificaciones literarias españolas. Esto es un gran acierto, pues los conceptos de falso y de auténtico son históricos, han ido evolucionando en el tiempo y son variables según el lugar en el que se produzcan y expliquen. Más abajo volveremos sobre este amplio recorrido histórico, porque para llegar a esta diacronía, y tras la ya citada “Introducción” (pp. 11-24), Álvarez Barrientos nos ofrece dos capítulos centrados en una siempre difícil aproximación taxonómica sobre el universo de la falsificación literaria, en “Entre historia y literatura, cuestiones de autoría” (pp. 25-73), y una tipología que complementa el recorrido posterior en “Razones, prácticas y usos de lo falsario” (pp. 75-120). Ambas secciones conforman el cuerpo *teórico* del volumen, necesario para delimitar categorías, figuras autoriales o motivaciones entre las peculiaridades que el retablo diacrónico luego nos mostrará. La intención de esta *introducción teórica* queda muy bien resumida en la recapitulación que es el último capítulo, muy breve, como un epílogo, “Falsificación, el crimen de la escritura” (pp. 379-388). Así, Álvarez Barrientos insiste en la capacidad germinativa y en la utilidad de lo falso, en la heteronimia y el léxico aplicable al mundo de lo apócrifo, las constantes o *poética* de la falsificación y los patrones de conducta de los falsarios, entre otros asuntos. Todo, como indicamos, ilumina la parte histórica de este ensayo.

En ella, el autor recorre toda la historia literaria, desde Gonzalo de Berceo hasta la literatura más reciente. La relación es copiosa; pero merece la pena reproducirla sumariamente para mostrar la amplitud de la muestra. De la Edad Media y el Renacimiento: el monje *Fernandus*, Gonzalo de Berceo, el Arcipreste de Hita, la novela *Curial e Güelfa*, Antonio de Guevara y las crónicas y cronicones. Del Barroco: José Pellicer de Ossau y Tovar, Miguel de Molina, Juan Antonio de Vera, conde de la Roca, y el *Centón epistolario*, Cervantes y Fernández de Avellaneda, la transmisión teatral, Lope de Vega. Del siglo XVIII: Francisco Miguel de Goyeneche, el conde de Saceda, la falsificación dieciochesca de la *Memoria de las pinturas* de Diego Velázquez, Cándido María Trigueros, José Marchena, Leandro Fernández de Moratín. Del siglo XIX: Adolfo de Castro, el doctor Thebussem, el falso retrato de Cervantes, la falsificación erudita, los hermanos bibliófilos el duque de T'Serclaes y el marqués de Jerez de los Caballeros, Menéndez Pelayo. Del siglo XX: Lasso de la Vega, Fernando Iglesias Figueroa y sus rimas *becquerianas*, Ricardo Gullón, Emilio Alarcos Llorach, Antonio Machado, Eugenio D'Ors, Joan

Perucho, Félix Grande, Capdepón Fernández y Federico García Lorca, Max Aub, Julio Caro Baroja, Luis Mateo Díez, José María Merino, Juan Pedro Aparicio, Agustín Delgado, Álvaro Ruiz de la Peña y la entrevista apócrifa de Andrés Gelabert a Ramón Pérez de Ayala, Julio Cejador, Román Gubern... Es bien consciente Álvarez Barrientos de que no están todos los casos que fueron, pues su intención es presentar fragmentos de una continuidad que va desde textos medievales a apócrifos contemporáneos; pero él mismo se cuida de recordar algunos al lector: el caso de Francisco Ayala, el amor imaginario de Juan Ramón Jiménez creado por dos escritores peruanos admiradores del poeta, que también elogió los versos de la Juana García Noreña, la “Adonais” de 1950 inventada por José García Nieto, y Juan García Hortelano, y Juan Eslava Galán... También el artículo citado “Retablo de imposturas” certifica el carácter *abierto* del tema de las falsificaciones, que se prolonga en nuevas aportaciones de la investigación, como el estudio de próxima publicación de María Rosell —colaboradora también en ese número de la *Revista de Occidente*— sobre *La superchería moderna en las artes y en las letras: el otro Max Aub* (Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2015) o el de José Antonio Escudero sobre *El supuesto memorial del conde de Aranda sobre la independencia de América* (México, UNAM, 2014); pero que también se extiende a nuevos casos, como el del viaje apócrifo (1609) del astrólogo y matemático Lorenzo Ferrer Maldonado que *descubrió* un paso por el norte que comunicaba los océanos Atlántico y Pacífico, y que se puede sumar a los ejemplos de falsos de sabia erudición.

Ya se ha apuntado que son muchos los años que Álvarez Barrientos lleva dedicado a la investigación de las falsificaciones en la literatura española, y que este ensayo se nutre del *cosido* de otros trabajos parciales para ofrecer un volumen compacto organizado en las secciones indicadas. Esto es lo que puede explicar algunas reiteraciones o signos de ese rasgo de escritura por partes a lo largo de un lapso temporal amplio. Por ejemplo, cuando en el primer capítulo ya se han tratado las «Imágenes y retratos apócrifos» y se ha citado el retrato del heterónimo de Lope, Tomé de Burguillos; más adelante en el apartado sobre este en el capítulo diacrónico, se nos dice, como si fuese una novedad, que es un heterónimo “que cuenta, además, con un retrato, algo poco habitual entre los españoles” (p. 184). Salvo detalles tan inapreciables como este, el conjunto presenta un discurso muy coherente y organizado, y de mucha amenidad y creciente interés.

La bibliografía es muy amplia, de más de una treintena de páginas, y no solo porque sea un listado único y alfabético de todas las referencias del texto; sino porque se trata de la más completa información sistematizada que conocemos sobre el asunto. Hay estudios no específicos que se citan en el ensayo, como catálogos bibliográficos, historias de la literatura u obras generalistas, como el *Catálogo de incunables* de Julián Martín Abad, la *Historia crítica de la literatura española* de Amador de los Ríos o *Despotismo e Ilustración en España* de Antonio Mestre; y hay textos, desde *La pícaro Justina* hasta *Los complementarios* de Antonio Machado. Pero esta sección ofrece la mejor información sobre las falsificaciones literarias que cualquier lector puede encontrar, tanto para el ámbito hispánico como para las literaturas extranjeras, y que, dados la pujanza y el atractivo de un tema como este, hay que completar con las referencias ya citadas y también con las interesantes vías de reflexión y debate que ofrecen los nuevos casos de imposturas y aledaños de la recreación falsaria. Es muy sintomático que casi coincidiendo con la escritura y publicación de *El crimen de la escritura* surgiera una nueva propuesta narrativa de Javier Cercas —que rebasó los bordes de la literatura— con *El impostor* (2014), y que un poco antes Agustín Fernández Mallo sufriese las consecuencias de una interpretación *dictatorial* de su *El hacedor (de Borges)*, *Remake* (2011), y que pareció repetirse en el caso del escritor Pablo Katchadjian y su libro *El Aleph engordado* (2009), ejemplos que parecen fundirse en el lapsus de la introducción (p. 13) en la que se menciona a Fernández Mallo con su relectura/reescritura de *El Aleph*.

Todo lo señalado anteriormente confirma las excelencias de esta obra, que por su objeto y límites no tiene parangón en el panorama de la crítica literaria española, y que nos introduce en un universo enormemente atractivo y va mucho más allá que el de sistematizar un censo de falsarios. Joaquín Álvarez Barrientos, en definitiva, y como en su bien estudiado siglo XVIII, procede con rigor histórico como un *desengañador* de autores supuestos, y, a la vez, nos vuelve a hacer reflexionar sobre la autonomía del texto y la figura del autor, y si realmente, a lo largo del tiempo, hablamos todos más de escritores que de escritos, más de poetas que de poemas.

MIGUEL ÁNGEL LAMA
Universidad de Extremadura